

El futuro mutó hace rato: subjetividad, cultura y salud mental en la era de la inteligencia artificial

Juan Pablo Issel

La denominada inteligencia artificial (IA) ha pasado de ser una mera abstracción (como lo era en las primeras teorizaciones a mediados del siglo XX) para convertirse en una fuerza transformadora de la cultura y la subjetividad contemporáneas. Nos encontramos en el marco de lo que Eric Sadin (2020) describe como "siliconización del mundo", donde una omnipresente tecnología interconectada ya no se limita a almacenar información y ayudarnos a procesarla, sino que pasa a participar activamente en la organización de la vida social reemplazando gradualmente a los seres humanos en la toma de decisiones. La interacción con la IA y las tecnologías digitales está reconfigurando aceleradamente nuestra subjetividad, y este fenómeno tiene un fuerte impacto en la educación, la política y obviamente en la psicología. Sin temor a exagerar, podemos hablar de una auténtica mutación antropológica que nos pone frente a importantes desafíos epistemológicos, éticos, políticos e incluso existenciales.

Psicología y salud mental en la era algorítmica

La pandemia de COVID-19 y las medidas sanitarias de aislamiento derivadas de ella funcionaron como un colosal "laboratorio de innovación social" (Preciado, 2020), acelerando de forma abrupta procesos que ya estaban en marcha como el teletrabajo, la educación en línea, la telemedicina y el entretenimiento digital que pasaron a ser el estándar normal en cuestión de meses. Esta digitalización forzada profundizó nuestra dependencia de las plataformas tecnológicas, consolidando la emergencia de seres humanos cuya identidad, subjetividad e inclusive, tal vez, su psiquismo se estructuran centralmente a partir de la interacción constante con automatismos digitales. Desde nuestra disciplina, estamos obligados a preguntarnos, por ejemplo, qué transformaciones debemos esperar del fenómeno inédito en la historia humana de "generaciones postalfabéticas" (Berardi 2017) que expuestos a pantallas desde edades tempranas desarrollan habilidades lingüísticas, aprendiendo más palabras de asistentes virtuales que de sus cuidadores humanos.

La tecnología ha transformado nuestras sociedades y subjetividades desde tiempos remotos. El manejo del fuego, la agricultura y la escritura (invenciones sin duda no muy novedosas en nuestra historia) generaron transformaciones de gran magnitud. El estatuto singular de la IA respecto de la historia de los artilugios tecnológicos es que esta excede la función de prótesis que complementa y amplía las capacidades humanas, para pasar a

constituir un inédito sistema con "vocación de enunciar la verdad" (Sadin, 2020). Esto necesariamente está destinado a producir alteraciones en funciones cognitivas básicas como la memoria, la atención y el juicio. Un ejemplo claro es la delegación de decisiones cotidianas (qué ruta tomar, qué música escuchar, qué noticias consumir) a sistemas algorítmicos, lo que puede conducir a una "desertificación de la autonomía" (Sadin, 2020).

En el ámbito de la salud mental, la dependencia de las plataformas digitales está directamente relacionada con un aumento exponencial de crisis de ansiedad, depresión, déficit de atención, trastornos del espectro autista y fenómenos como la ludopatía digital, entre otros. Esto ha dado lugar a una auténtica "economía de las emociones" donde plataformas como TikTok, X o Instagram mercantilizan sentimientos como la felicidad, la indignación, la envidia o el amor. Estas plataformas diseñan algoritmos que explotan nuestras vulnerabilidades psicológicas para maximizar el "engagement" y mantenernos conectados, generando nuevas formas de compulsión (patologías de la conexión permanente) cuyos riesgos resultan cada vez más amenazantes. La psicología enfrenta así desafíos sin precedentes: a la precarización subjetiva propia de sociedades neoliberales, marcadas por la competencia, la autoexplotación y la incertidumbre, se suma la lógica de las plataformas digitales, que convierten el tiempo y la atención en commodities mientras que disparan la proliferación de padecimientos mentales. Al mismo tiempo, el creciente individualismo y aislamiento socavan las herramientas colectivas que antes permitían afrontar estos problemas.

El malestar psico-digital

Es un hecho que los chatbots comienzan a intervenir y competir en el campo del diagnóstico y tratamiento de los padecimientos mentales. El aumento del sufrimiento psíquico y las dificultades crecientes para acceder a la atención en salud en general y a la salud mental en particular facilitan la emergencia de este nuevo fenómeno. Algo azorados nos vemos obligados a intentar argumentar respecto de porqué un algoritmo no puede reemplazar la escucha clínica.

Ya asistimos, recientemente, a una transformación bastante radical de nuestra práctica cuando, a partir de la pandemia, la utilización de videollamadas se volvió moneda corriente para los profesionales psicólogos. Está transformación obligada y acelerada no dejó tiempo suficiente para reflexionar sobre sus impactos subjetivos y sus dilemas éticos. Una disciplina que tuvo históricamente a la confidencialidad de sus intervenciones como un valor central, hoy ha generalizado la utilización de las plataformas de las grandes corporaciones tecnológicas para desarrollar sus tareas cotidianas. Los debates y las críticas respecto de la privacidad y la

utilización de los datos que son inherentes al uso de estas plataformas son ahora también parte de las consideraciones que debemos incorporar a nuestra práctica.

Otro de los grandes desafíos que las profundas transformaciones a las que asistimos le imponen a nuestra disciplina es el de no aportar a la despolitización del malestar (Sztulwark, 2019). Asistimos a un declive de la solidaridad que deriva de una "individualización del malestar": El neoliberalismo hace su magia al reducir el sufrimiento estructural efecto de la mercantilización de todas las esferas de la existencia a un "problema personal", desarticulando posibles respuestas colectivas.

Esto puede observarse con claridad, por ejemplo, en las dificultades que encuentran madres, padres y educadores para lidiar con la creciente adicción a las pantallas y las respuestas diversas que apuntan a una solución (y responsabilización) individual. Si bien para nuestra disciplina es imprescindible ubicar coordenadas singulares de los padecimientos, esto no debe hacernos olvidar (o no debemos contribuir al olvido) de que esta es una adicción diseñada por enormes corporaciones con el único fin de maximizar sus ganancias. No parece posible ejercer efectivamente una resistencia a esta ofensiva corporativa sobre la psicosfera desde individuos aislados. Es imprescindible colectivizar el malestar y dejar de vivirlo como una culpa o responsabilidad individual.

Saluden a la democracia que se va

Para pensar los actuales avatares de las democracias resulta interesante la hipótesis de que la separación más clásica entre el conflicto social y el conflicto psíquico (representada tradicionalmente por el par Marx-Freud) se ha vuelto insostenible en el actual capitalismo digital tardío, donde la explotación y el padecimiento psíquico están profundamente entrelazados en una dialéctica inescindible (Berardi, 2017). Es este sentido el sujeto contemporáneo es cada vez menos explotado por la fuerza material de un patrón externo (como en el modelo fabril), sino que más bien produce plusvalía al autoexplotarse en nombre del emprendedurismo, la productividad y por alcanzar una supuesta "mejor versión de sí mismo".

Hoy resulta evidente que el surgimiento de fenómenos políticos irracionales, como la ultraderecha totalitaria, no puede dissociarse del aumento del sufrimiento psíquico y la dependencia de dispositivos digitales. La precariedad emocional de la subjetividad hiperconectada actúa como caldo de cultivo para el autoritarismo, erosionando los pilares de la democracia y la paz social.

La gobernanza algorítmica redefine el ejercicio de un poder cada vez más concentrado y fuera de control, que dispone de las herramientas de manipulación social más eficientes de la

historia de la humanidad. El big data y la inteligencia artificial permiten predecir y controlar desde hábitos de consumo hasta preferencias electorales. La notable ausencia de regulaciones (casi absoluta en nuestro país) deja un campo despejado para que los gigantes corporativos experimenten irresponsablemente con la humanidad entera a partir de agendas que nada tienen que ver con el bienestar general.

Este poder, que ya no se sustenta tanto en la reprimir como en modelar, explota el malestar psíquico, y convierte el miedo, el odio y la envidia en combustible para la construcción de un orden social cada vez más desigual.

Cognotariado del mundo uníos

La lucha política del siglo XXI será también, y tal vez fundamentalmente, terapéutica. Es necesario cuestionar cómo el tecnocapitalismo coloniza nuestra atención y nuestro deseo si tenemos alguna pretensión emancipatoria. Es imperativo reclamar por los derechos psíquicos a la desconexión, a espacios libres de vigilancia, a la decisión independiente de los automatismos. Es imperativo crear las formas, el tiempo y los espacios para comenzar a curar el daño de decenios de agresión psíquica neoliberal.

En esta lucha la psicología está llamada a tener un rol decisivo: aportar herramientas para resistir la colonización de la mente y reivindicar una existencia no reducible al cálculo algorítmico.

Referencias bibliográficas:

- Agamben, G., Zizek, S., Nancy, J. L., Berardi, F., López Petit, S., Butler, J., ... & Preciado, P. B. (2020). Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias. ASPO.
- Berardi, F. (2017). Futurability: The age of impotence and the horizon of possibility. Verso Books.
- Berardi, F. (2024). Desertemos. Prometeo.
- Sadin, É., & Martínez, M. (2020). La inteligencia artificial o el desafío del siglo: anatomía de un antihumanismo radical. Buenos Aires: Caja negra.
- Sztulwark, D. (2019). La ofensiva sensible: neoliberalismo, populismo y el reverso de los político. Caja Negra Editora.